

INTRODUCCIÓN

Tocó sus ojos con sus dedos gélidos y... lloraban.

Miró sus labios con sus ojos tristes y... tiritaban.

Besó sus manos con los labios trémulos y... temblaban.

Hacía varios días que temblaba, tiritaba y lloraba sin parar, sin razón aparente que lo justificara. ¿Acaso estaba enfermo?

Sí, estaba doliente, llevaba semanas afligido de miedo y horror, henchido del miedo y del horror construido con ahínco por los hombres a lo largo de los siglos y que ahora se adueña del universo sin remisión.

Enfermo de miserias ajenas que terminan siendo propias, laso de crímenes lejanos que consiguen acercarse hasta asfixiar, macilento de ramas rotas truncadas hace tantos siglos que jamás volverán a germinar.

Enfermo, sí; abatido, también; afligido, por supuesto; incluso se podría decir sin temor a errar... derrotado.

Cogió el periódico, empezó a ojearlo sin convicción, la terrible noticia estaba por todas partes, en la portada, en los sucesos, en los eventos, en internacional, en contraportada..., ¿no había más sucesos dignos de mención? Y fue leyendo el diario, pasando las páginas una a una, así fue como el escalofrío

se incrementó y las lágrimas arreciaron y la tiritera sacudió todo su cuerpo.

Mañana se ejecutará a un preso mediante fusilamiento después de catorce años, decía en la portada, el titular del periódico, en grandes letras de doloroso color negro. Richard continuó leyendo, aunque adivinaba sin dificultad lo que ponía el artículo.

El preso, que ha pedido ser fusilado en vez de ahorcado, por considerarlo una muerte más honorable, será encapuchado con una tela negra a modo de saco, será atado a una silla que a su vez permanecerá anclada al suelo y sobre su corazón tendrá una diana dibujada. Detrás de una falsa pared habrá cinco hombres, cinco agentes de la autoridad designados para ejercer de verdugos, estos irán armados con rifles del calibre 30, cuatro de los cinco agentes portarán armas cargadas con munición real, uno de ellos manejará un rifle cargado con balas de fogueo, de ese modo siempre albergarán la duda, nunca conocerán con certeza si fueron ellos los que hicieron el disparo letal que terminó con la vida del preso. Este gesto es tan solo un intento de lavar sus posibles remordimientos con las dudas y que, de ese modo, ignorando si su arma fue cargada con la munición de fogueo o la verdadera, puedan dormir tranquilos el resto de sus existencias.

La identidad de los verdugos nunca será revelada, ni siquiera entre ellos se conocerán, no sabrán quiénes son los otros cuatro agentes designados para proceder a la ejecución, nunca nadie conocerá sus nombres.

—¡Vaya, qué detalle! —exclamó Richard arrojando con enfado el periódico al suelo y mirándose las manos, que sudaban de tanto temblar—. Al menos nadie sabrá quiénes han..., ¿o debería decir hemos...?, nadie sabrá quiénes hemos sido los cinco dedos de la mano negra que hemos ejecutado la sentencia, como si no fuera suficiente que lo sepamos nosotros y nuestras conciencias, como si no tuviéramos bastante con sabernos culpables, aunque, eso sí, con un discreto margen

de error, tendré un veinte por ciento de posibilidades de ser inocente, no sé qué porcentaje de perdón me adjudicará el cielo.

Richard se encerró en su habitación acompañado de su depresión y trató de dormir, aunque supo en seguida que no lo conseguiría, entonces decidió pasar la noche rezando, pidiendo a Dios, rogándole con toda la fe que fue capaz de reunir, que le tocara a él la suerte de empuñar el rifle cargado con munición de fogeo, que fuera él, precisamente él, el verdugo inocente, y que de algún modo pudiera saberlo.

Y se besó las manos temblorosas después de persignarse, y esas manos que eran ya culpables del delito por obligación, por designación, por asentimiento silencioso, por incapacidad de rebeldía, por acatamiento de su destino..., en seguida esas manos tuvieron que limpiar las lágrimas que nublaban su visión.

En las afueras de la ciudad, en la prisión del estado, un hombre permanecía insomne en su celda. No temblaba, no lloraba, no tiritaba; él no tenía la enfermedad del miedo ni del horror, él no era partícipe de este mundo de perfección y progreso, aunque a la fuerza, iban a convertirlo en protagonista de uno de los rituales más repugnantes de la mal llamada civilización.

No, él no rezaba, ¿para qué, si no creía en ningún Dios ni se sometía a ningún titán superior? Solo se encomendaría al diablo en su postrer suspiro, se entregaría a las llamas del infierno, ¡bien ganadas las tenía! Y lo haría en un momento preciso y muy cercano, mañana sin ir más lejos, cuando tuviera que verse las caras con un enemigo infinitamente más poderoso. Mañana, al amanecer su último amanecer, al transcurrir su día postrero, al atardecer su ocaso definitivo, cuando hubiera de situarse frente al pelotón de fusilamiento con un

saco negro en los ojos que le impidiera ver la oscura amenaza del cañón.

Había pedido morir fusilado como un valeroso soldado y no ahorcado como un pérfido ratero, no quería terminar sus días bamboleándose en el extremo de una soga infame con un palmo de lengua colgándole sobre el pecho, él no era un vulgar ladrón. Fue lo único que comprendió del extraño juicio al cual fue sometido, su condena era la muerte y sería castigado con la pena máxima por un crimen que no había cometido. Aunque en verdad no se sentía inocente, no menguaba su confusión, no lo entendía, era tan extraño que un tribunal legalmente constituido necesitara utilizar la coartada de un delito falso para matarlo, ¿por qué no lo acusaban de uno que sí hubiera cometido? Tenían varios donde elegir, cientos, miles de delitos a su disposición, y escogían el único que no había perpetrado.

La mala fortuna se había cebado con él y con los suyos en los últimos meses de su existencia y al final había acabado preso, ahora permanecía en espera de ser ajusticiado en un mundo hostil y desconocido donde ya no regían los viejos códigos de honor y estaba confuso, sin capacidad para lograr comprender en realidad, cómo había sucedido todo lo que le había sucedido.

Tenía derecho a elegir, la Ley y sus aplicados aplicadores le permitían escoger la forma de morir, ¡qué derroche de generosidad! ¿Qué clase de absurdo tribunal cometía ese grave error? ¿Qué juez carente de la más mínima moral podía quitar la vida a un enemigo de una forma dolorosa y deshonesta? Por más que lo pensaba no acertaba a comprender nada, por eso hacía tiempo que no quería pensar, ya no necesitaba entender nada, solo anhelaba morir con valor y dignidad, incluso si el demonio se ponía de su parte en el último suspiro y le ayudaba, pasaría a mejor vida tal como vivió su vida, con una pizca de insolencia.

No tenía miedo a morir, volaría libre como un pájaro, se reiría de aquellos que lo mandaban al infierno, tenía que irse, había muchos lugares que tenía que ver, tenía que volar... volar muy alto... volar muy lejos hacia un cielo limpio y azul.

Iba a cambiar el cielo por su mar.

Iba a convertirse en un simple recuerdo.